



Manuscrito de "Sonreír con la alegre tristeza del olivo", Archivo de la Fundación Cultural Miguel Hernández

# Miguel Hernández: para la libertad

Raúl Alberto Botero Torres

*Para la libertad, sangro, lucho pervivo...  
Soy como el árbol talado que retoña, aún tengo  
la vida.*

Miguel Hernández

## Uno

La relación entre literatura y política es, ha sido siempre, una relación compleja y conflictiva. Ello es así por muchas razones. En este caso quisiera citar sólo dos. La primera de ellas tiene que ver con el carácter de generadoras de sentido que ambas ostentan de manera bastante explícita. La segunda, con la condición de contexto para la generación de relaciones de poder que las dos pueden exhibir. Quisiera explicitar un poco estas convicciones.

Literatura y política pueden ser inscritas en el vasto campo de los imaginarios que recorren en todas las direcciones posibles la urdimbre de las

sociedades humanas. Ellas atraviesan esos contextos sociales en la medida en que sirven, de muchas y variadas formas, de soporte lógico a esas sociedades. Tal vez la literatura responda de una manera más explícita a los cánones de la ficción, quizá la política pueda aparecer como más directamente tributaria de lo empírico. Pero es solo apariencia. En última instancia, literatura y política se constituyen, contradictoria y complejamente, como lecturas de lo real desde la perspectiva ambigua de lo imaginario. En definitiva, se hacen semejantes desde su condición de prácticas generadoras de significación. En último término, se hacen diferentes

por el predominio de un componente estético en el caso de la literatura, y por la omnipresencia del poder en el caso de la política. En otras palabras, es la presencia dominante de distintos componentes lo que diferencia a literatura y política. No sobra decir que la diferencia no las jerarquiza, haciendo una más importante que la otra. Simplemente las diferencia entre sí. Eso ya es bastante.

Que la práctica de la literatura se distinga de la de la política por el predominio de un componente estético que conlleva la presencia constante y reiterada en el texto literario de la ambigüedad, además de la dominación de la expresividad sobre la comunicabilidad, no implica jamás que en la literatura no tengan arraigo las relaciones de poder. Ella misma, en su despliegue en el escenario social, patentiza unas relaciones de poder. Solo que esas relaciones están expresadas desde una demanda múltiple de lo estético. Esa irrupción de lo literario en las sociedades humanas es una carta marcada que los poderes ponen sobre la mesa. Lo que la distingue de las demás es que ella está identificada por lo estético.

## Dos

En ese escenario de las relaciones entre literatura y política emerge la figura inquietante de Miguel Hernández. Él tiene, simultáneamente, múltiples condiciones. Hay muchos Miguel

Hernández en esa apariencia engañosa de un solo hombre. Es, por ejemplo, un campesino cuidador de cabras. Es también, ¡y vaya que lo es!, un militante de la izquierda republicana de finales de los años treinta. Pero sobre todo, es un poeta. Por ello, precisamente por ello, su vida entera es un canto a la libertad. Es esa libertad sin límites que la escritura literaria hace materialmente posible lo que atraviesa de lado a lado, todos los Miguel Hernández que hay en Miguel Hernández. Todos aparecen tocados y transformados, pero en primer lugar y sobre todos los demás, el poeta profundo y exquisito que hay en él.

Dirán, y ello de alguna manera es cierto o, mejor, válido, que Miguel Hernández se movió de manera intuitiva en el extremo izquierdo de la izquierda republicana durante el penoso episodio de la Guerra Civil en la España de finales de la década del treinta. Dirán también, y eso podrá considerarse aceptable, que su compromiso con los españoles y con su historia, pero sobre todo con su apuesta sobre el futuro, puede y debe enmarcarse en el contexto del anarquismo español. En el interior de ese anarquismo que tuvo como su razón de ser una apuesta radical y abierta por la libertad, expresada en la consigna “Ni Estado, ni Dios, ni Patrón”. Sin duda que es así. Sin embargo, me parece que es importante subrayar que la apuesta de

Miguel Hernández por la libertad va mucho más allá de los límites que se imponen a lo político, y entra, para quedarse, en los terrenos abiertos a la infinitud del significante que son propios de la literatura en general y de la poesía en particular.

Miguel Hernández vivió la política tensionando sus posibilidades hasta los límites y quizá más allá de ellos, haciéndolos añicos y volviéndola poesía. Vivió la literatura como una forma de poder, como la más radical de las formas de poder. Vivió ambas, más desde la intuición que desde los saberes. Las vivió sin cálculo y sin medida, como ellas exigen ser vividas. Hoy, a las puertas de la celebración

formal del centenario de su nacimiento, Miguel Hernández muestra que ni las cárceles franquistas, ni los clasificadores que taxidermizan la literatura lo han logrado callar. Como el árbol talado que retoña, aún tiene la vida.

**Raúl Alberto Botero Torres** es Magíster en Lingüística de la Universidad de Antioquia y Profesor Asociado de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Escribió este texto especialmente para la *Agenda Cultural Alma Mater*.